

Josep Otón

# BÚS QUE DA



SAN PABLO

## Índice

Portada  
Portadilla  
Créditos  
Introducción  
La vocación de la búsqueda  
Búsqueda y necesidad  
La búsqueda de sentido  
La búsqueda del conocimiento  
En busca de pan  
La búsqueda de trascendencia  
Tras el amado  
La búsqueda de Jesús  
Buscar y encontrar  
El gran desafío  
Biografía del autor  
Notas

Josep Otón

# BÚS QUE DA



Colección dirigida por Luis López González

© SAN PABLO 2019 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)  
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723  
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - [www.sanpablo.es](http://www.sanpablo.es)  
© Josep Otón Catalán 2019

*Distribución:* SAN PABLO. División Comercial  
Resina, 1. 28021 Madrid  
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050  
E-mail: ventas@sanpablo.es  
ISBN: 9788428561112  
Depósito legal: M. 8.874-2019  
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)  
Printed in Spain. Impreso en España

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo y por escrito del editor, salvo excepción prevista por la ley. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Ley de propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)).

# INTRODUCCIÓN

**E**n mi juventud leí con avidez el libro de Carlo Carret o *He buscado y he encontrado*. Era la respuesta a otro libro del periodista y escritor italiano Augusto Guerriero titulado *Quaesivi et non inveni*, que se podría traducir como «he buscado y no he encontrado». Carreto, impactado por esta lectura, quiso aportar su experiencia porque le parecía absurdo que la afirmación de Jesús, «buscad y hallaréis» (Lc 10, 9), no se cumpliera en la vida de tantas personas. ¿Qué Dios es ese que no se deja encontrar? ¿Acaso juega al escondite? ¿Intenta despistar justamente a quien le busca honradamente? ¿Da esquinazo a la primera de cambio? Un Dios así se contradeciría con su propia esencia: ser Vida, Luz, Amor.

Hoy, el número de los que han buscado y no han encontrado seguramente crece en Occidente. Jean-Paul Sartre, en su novela *La náusea*, retrata el vacío existencial que produce una búsqueda infructuosa de sentido: «Todo lo que existe nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere por casualidad». A pesar de ello, los ciudadanos posmodernos no han renunciado a la búsqueda. Como nunca antes disponen de cuanto necesitan y, en cambio, su inquietud interior no se apaga. Buscan constantemente. No se conforman con lo que saben, poseen o viven. Algo los empuja a buscar nuevos horizontes, nuevas experiencias, nuevos retos.

En este contexto, surgen diferentes preguntas: ¿por qué buscamos?, ¿qué buscamos? y, tal vez la más difícil de responder, ¿toda búsqueda humana es, en definitiva, una búsqueda de Dios? Si bien no podemos dar por zanjado el

debate con una respuesta definitiva, tampoco podemos olvidar las palabras de san Bernardo: «Dios es el único a quien nunca buscamos en vano, incluso si no se le llegara a encontrar». Mi propósito con el presente libro es animar a emprender el camino de la búsqueda y compartir algunas consideraciones que pueden llegar a ser buenas compañeras de viaje.

El capítulo introductorio, «La vocación de la búsqueda», pretende situarnos en el tema. Luego, guiados por las intuiciones de Simone Weil, repasaremos la relación entre «Búsqueda y necesidad». Impactados por la experiencia de Viktor E. Frankl en Auschwitz, analizaremos la fuerza de «La búsqueda de sentido». Ambientados en la biblioteca de Babel de Jorge Luis Borges nos adentraremos en «La búsqueda del conocimiento». Luego veremos cómo el Evangelio nos proporciona un ejemplo de la ambivalencia de la búsqueda: «En busca del pan». Seguidamente, ahondaremos en la búsqueda interior, la antesala de «La búsqueda de trascendencia». En el capítulo «Tras el amado» trataremos, a partir de los textos de el Cantar de los cantares, cómo, a veces, buscar y encontrar no van de la mano. El caso de Zaqueo nos permitirá entender en qué consiste «La búsqueda de Jesús». A través de algunos ejemplos de la historia y del relato de la Resurrección, en «Buscar y encontrar» nos daremos cuenta de que no siempre encontramos lo que buscamos y, sin embargo, encontramos lo que no buscamos. El libro concluye con «El gran desafío», la búsqueda de la autenticidad.

# LA VOCACIÓN DE LA BÚSQUEDA

**N**os guste o no, nuestra vida está marcada por la búsqueda. Renunciar a ella implica ignorar una de las características que definen nuestra esencia. Una fuerza interior nos impele a no conformarnos jamás con lo que tenemos y, de la mano de la fantasía o de la acción, a explorar inusitados horizontes existenciales. Pronto caemos en la cuenta de que todo cuanto está al alcance de nuestros apetitos no logra saciar el afán por rebasar las fronteras de nuestro entorno. El deseo vuela alto, planea sobre territorios inaccesibles para nuestra cotidianeidad, se lanza sin prejuicios a recorrer las rutas situadas más allá de nuestra rudimentaria cartografía. Incluso cuando nos aposentamos en nuestras comodidades, no renunciamos a esta tarea; todo lo contrario, en el fondo buscamos seguridad.

Andamos de acá para allá con nuestro cuerpo o con nuestra mente. Incapaces de encontrar la meta de nuestro itinerario, deambulamos sin dar tregua a nuestra inquietud. El cazador busca su presa; el emprendedor, beneficios; el artista, inspiración; el escritor, palabras; el pensador, ideas; el amante, cariño...

«Necesitamos abrirnos».

---

Jamás llegamos a bastarnos a nosotros mismos. Si nos encerramos en nuestra limitación, desfallecemos. Nuestra individualidad no es un buen refugio donde guarecernos. Necesitamos abrirnos. Conscientes de ello, o no, nos escandaliza nuestra indigencia. Es el motor que nos lanza a la aventura, a salir en busca de lo que carecemos. Pero, paradójicamente, la contingencia que nos exilia de nosotros mismos, a su vez, nos hace vulnerables frente a lo exterior. Somos seres instalados en la precariedad e indefensos en un mundo inhóspito.

Entonces la gran trampa es buscar lo que realmente no somos. El poder, la reputación, la soberbia o la avaricia nos hacen olvidar por unos instantes cuán débil es nuestra naturaleza. Una imagen falseada de nosotros mismos, un instinto ególatra, maquilla nuestras deficiencias y nos hace vivir bajo el engaño de una ilusoria autoconfianza.

El amor propio se convierte en el centro de gravedad de nuestra existencia. Todo cuanto ocurre pasa a estar en función de nuestros intereses particulares. La búsqueda deja de ser un «salir de» para rebajarse a un simple deseo de apropiación. Este es el efecto más perverso de esta dinámica. Nos distrae del sentido genuino de la búsqueda. Desvía nuestra atención. En vez de partir de lo real, de los problemas que acarrea nuestra condición limitada, el punto de referencia es una percepción distorsionada de nosotros mismos. Sin vivir en verdad, toda búsqueda es en balde. Sin alcanzar el conocimiento de quiénes somos, jamás encontraremos el alivio a nuestras penurias.

El enaltecimiento ególatra nos hace despreciar la potencialidad de una realidad imperfecta. El espejismo de lo impecable desfigura la grandeza de lo cotidiano. Cautivos de una mentira, desdeñamos lo auténtico cuyo valor, a pesar de sus deficiencias, supera el de cualquier quimera.

Hay que aprender a buscar. Por más natural que sea esta inclinación humana, precisa ser purificada. Cuanto menor sea el lastre, tanto más lejos llegaremos en nuestra marcha. El caminante debe renunciar a fardos inútiles para avanzar en su recorrido. Asimismo, el desprendimiento aligera nuestra mente y nuestro corazón. Sin cargas, resulta más fácil acoger; sin ruidos, escuchar; sin prejuicios, valorar; sin ideas preconcebidas, entender... La búsqueda es una preparación. Puede ser una práctica que nos centre en nosotros mismos alimentando el afán de dominación, o bien nos puede descentrar y abrirnos a lo que aún no conocemos.

Una búsqueda purificada nos orienta casi sin darnos cuenta hacia una esperanza. Conforme nuestros intereses mezquinos dejan paso a las aspiraciones más profundas, se abre la posibilidad del encuentro. El hallazgo no es el final de la búsqueda, sino su fruto.

Entonces atisbamos una Realidad mayor que la mayor de nuestras expectativas; una Realidad sólida que sostiene y dota de significado nuestra existencia. Desde esta suave certeza entendemos nuestra indigencia, no como un defecto, sino como una oportunidad. Intuimos que nuestra limitación solo cobra sentido insertada donde no hay límite. Por ello, la finitud nos espolea hacia lo Infinito, la contingencia ansía el Absoluto y tenemos fundamentadas razones para sospechar que el riachuelo de la condición mortal acaba desembocando en el océano de lo Eterno.

Y esta Realidad sin límite, infinita, absoluta, eterna... no solo se deja buscar, sino que nos busca. Este es el mensaje que tantos exploradores de la existencia han captado en los textos bíblicos y en la persona de Jesús de Nazaret. Buscamos al que nos busca. Nuestra búsqueda es una respuesta a la intuición de sentirnos buscados.

# BÚSQUEDA Y NECESIDAD

## Un ser necesitado

Como hemos visto, buscar es una actividad característica del ser humano. Es connatural a nuestra condición. Vivir, en el fondo, es buscar. No nos conformamos con lo que tenemos a nuestra disposición. Siempre vamos más allá, anhelando lo que se nos escapa, comprometidos a no resignarnos con nuestra situación.

Sin embargo, los otros seres vivos también buscan. Las plantas crecen en la superficie guiadas por la luz solar y, en lo profundo, las raíces se adentran en la tierra para hallar el agua que las vivifica. Los animales buscan comida, seguridad y parejas con las que dar cumplimiento a la función reproductora.

Todo sujeto busca alimento, calor, reposo, aire puro, protección contra la violencia, alojamiento, vestido, higiene, cuidados en caso de enfermedad... Se trata de necesidades vitales, de requisitos que nuestra dimensión biológica reclama. Tal vez algunas de ellas sean más sofisticadas que las de los animales, porque a estos la propia naturaleza les deja cubiertas algunas necesidades a través de su cuerpo: la piel, el caparazón, el colmillo o las garras. En cambio, el ser humano tiene que recurrir a su ingenio para satisfacer un mínimo de requisitos que le permitan sobrevivir en un entorno determinado.

Ahora bien, a diferencia de los animales, cuanto menos en términos generales, la condición humana se caracteriza por otras necesidades que no atañen a su fisiología, sino que se desprenden de su mundo interior. Es lo que Simone

Weil definió como las necesidades del alma<sup>1</sup>. Conciernen a la vida moral. Son tan terrenas como las necesidades físicas, porque, inscritas en la inmanencia, no es posible prescindir de ellas. Esto quiere decir que si no se satisfacen, el individuo queda prostrado en un estado de atonía que lo aboca a la muerte.

Así, analizar las necesidades del alma nos puede ayudar a entender cuáles son los objetivos de nuestra búsqueda. Buscamos lo que necesitamos. Explicitar nuestras necesidades es una manera de precisar la meta de nuestros anhelos y, en consecuencia, de calibrar nuestros esfuerzos y de replantear nuestras estrategias para alcanzar tales fines.

«Analizar las necesidades del alma».

---

Simone Weil, al final de su vida, reflexionó sobre esta cuestión para especificar las obligaciones del ser humano. En un momento en que se planteaba elaborar la declaración de los derechos humanos, advertía de la inutilidad de proclamar unos derechos sin aceptar previamente unas obligaciones que, a su vez, se desprenden de las necesidades humanas. El derecho a no pasar hambre, por ejemplo, tiene que ir parejo a la obligación de satisfacer una necesidad vital: dar de comer al hambriento.

La autora, para enmarcar la relación entre derecho, obligación y necesidad, insiste en diferenciar este último concepto de otro que se asemeja: el deseo. No es lo mismo una necesidad que un deseo, un capricho o un vicio. La necesidad es real; el deseo se gesta en la fantasía. Por ello la necesidad responde a unos límites y el deseo, en cambio, puede ser desmedido. Las necesidades están asociadas a cierta medida. No ocurre lo mismo con los deseos.